

en su Asuncion; la Iglesia, á la sazón en su cuna, prorumpió en acentos de alegría; los primeros fieles manifestaron el alborozo en que rebosaba su corazón con festivas y pomposas aclamaciones; y esta augusta festividad se eternizará de siglo en siglo: léjos de perder de su religiosa importancia, pasando á través de las edades, despues de haber llegado hasta nosotros sin interrupcion, será transmitida del mismo modo hasta la más remota posteridad. ¿Y qué mucho que todas las naciones, todos los reinos y todas las ciudades del órbe cristiano concurren á porfia á honrar la memoria de este día solemnísimo? ¿Qué pueblo no ha experimentado los efectos del poder de María, y puede sin ingratitud dejar de interesarse en la inmensa y sublime gloria á que hoy es elevada? ¿Qué movimientos de pura y deliciosa alegría no debe excitar en nuestro corazón el magnífico y triunfal espectáculo de su exaltacion, para satisfacer el justo sentimiento de una viva gratitud? ¿No se ha declarado María en mil maneras nuestra protectora? Me parece que veo á los Cielos abrirse para derramar aquí sobre nosotros á torrentes sus misericordias. Si la enormidad de nuestros pecados sube hasta el trono del Dios de las venganzas, obligando á su justicia á que derrame sobre ellos el vaso de su indignacion; cualquiera que sea el azote con que nos hiera, ora nos rehuse un benéfico rocío que fertilice los campos, ora las cataratas del firmamento amenazen anegar las cosechas, ora se corrompan los aires para llevar la muerte hasta nuestro seno culpable; cuando penetrados de un espíritu de piedad venimos á invocar á nuestra ilustre protectora, jamás nuestros votos son estériles é infructuosos.

¡Virgen santísima! Desde lo alto del brillante trono en que hoy habeis sido colocada por mano de vuestro Hijo, como Emperatriz de la gloria, fijad vuestras miradas sobre este santo templo. Dignaos aceptar nuestros homenajes, en particular los que nos inspira el reconocimiento por tantos favores de que somos deudores á vuestra intercesion. ¡Virgen inmaculada! somos vuestros clientes; testigos sois de los escollos que nos rodean y de nuestra debilidad; defendednos en todo tiempo de cualesquiera peligros, de todos los enemigos de nuestra salvacion; pero, especialmente, en el último momento de la vida; á fin de que, bajo las alas de vuestra proteccion, y formados en la santidad por el modelo de vuestras eminentes virtudes, tengamos parte en la inestimable dicha de vuestra santa muerte, y celebremos vuestro triunfo con los bienaventurados en la morada eterna de la gloria. *Amen.*

---

## CORAZON DE MARÍA.

---

### DISCURSO I.

*Concaluit cor... et in meditatione exarscet ignis.*

Senti que se inflamaba mi corazón: y en mi meditacion se encendian llamas de fuego.  
(PSALM. XXXVIII, 4.)

Esta suntuosa solemnidad con que tributamos al Corazon sacratísimo de María el culto de nuestra veneracion y el homenaje de nuestros afectos, yo no sé si se le debe llamar más propia del Cielo ó de la tierra. A la verdad, elevados son los motivos que tiene de regocijo la Iglesia triunfante, porque conoce todas las admirables virtudes de este Corazon; pero, no son ménos fundados los de la Iglesia militante, porque experimenta continuamente todos los benéficos efectos de este Corazon. Por consiguiente, si con justo motivo hace fiesta en tal ocasion la Iglesia triunfante celebrando sus gracias, la militante hace otro tanto con la celebracion de las ternuras del Corazon de María.

En una emulacion de regocijo tan vasto y verdadero, ¿qué palabras emplearé para que conviertan nuestros corazones en áscuas de amor, ahora que me toca tratar del Corazon de María? ¿Diré que cantan sus glorias en el Cielo los espíritus angélicos unidos en festivas multitudes, ó que cantan su bondad acá en el destierro los hijos de los hombres? ¿Narraré de las inteligencias beatas, que estremecidas de gozo le consagran himnos de fiesta, ó de los peregrinos mortales, que, ardientes de confianza filial, le dirigen fervorosas súplicas? ¿Hablaré del tesoro riquísimo y precioso que posee la celestial Jerusalén, ó del consuelo suavísimo é inefable que, venerándole, tiene la Jerusalén terrena? No, hermanos míos, al subir á este púlpito, no me guía otro propósito que vuestra salvacion; y creo que al hacer el

panegirico del Corazon de María, solo debo atender á vuestro provecho espiritual. Dejando, pues, á un lado todo otro argumento, señalaré en el Corazon de María un Corazon todo abrasado de amor hácia nosotros, y de un amor tan tierno, generoso y constante, que pueden muy bien aplicársele estas palabras de David: *Concaluit cor, et in meditatione exardescet ignis*. Un pensamiento tan precioso exigiría, hermanos míos, aquellos vuelos del ingenio y aquella elocuencia del alma, con que los Padres de la Iglesia solían recrear á los oyentes cristianos; mas vosotros sereis indulgentes, y no dudo que, á pesar de mi insuficiencia, me prestareis vuestra benévola atencion, en cuyo caso la belleza del asunto ocultará la insignificancia del orador. Saludemos ántes á María con las palabras del Arcángel: A. M.

En el lenguaje comun de los hombres el corazon simboliza el amor; no porque el corazon ame verdaderamente, puesto que el amor no es más propio del corazon de lo que es la libertad á la mano, la compasion al ojo, y la dulzura á la lengua. El amor y el ódio, el gozo y la tristeza, todas las conmociones de la naturaleza humana llamadas afectos son consecuencias del pensamiento, son prerogativas del alma. Solo el alma siente, solo el alma piensa; y así, el amor y el ódio, el gozo y la tristeza, y todas las conmociones de la naturaleza humana llamadas afectos, son exclusivamente propias del alma. No obstante, siendo el corazon aquel órgano que recibe más que todos los otros la conmocion de los afectos, se considera como su asiento; y siendo el amor el principal de los afectos, se dice que el corazon ama. Por tanto, si el corazon significa amor, y lo mismo es decir corazon que amor, está claro que hablando del Corazon de María todo propicio á nosotros, hablo del amor con que María nos ama. Ahora bien; ¿con qué amor nos ama?

María nos ama con un amor muy superior á todos los demás amores, y en su Corazon se consumen los ardores de un afecto, de que no podrían hallarse ejemplos, no solo entre los hombres de la tierra, pero ni tampoco entre los Santos y los Angeles del Paraiso. En verdad, jamás se podrá negar, que María tuvo una santidad eminentemente superior sin comparacion alguna á la santidad más ilustre y perfecta. Destinada para una dignidad, que sobrepujó en la tierra la de los Profetas y de los Patriarcas, y la de los Angeles y de los Serafines en el Cielo, debía, igualmente, prepararse para esta dignidad altísima con una santidad que sobrepujase la de los Patriarcas y de los Profetas, de los Serafines y de los Angeles. Dios mismo, que la quiso tan

grande y la crió para que fuese su Madre, Dios mismo la enriqueció con todas las gracias; de suerte, que así como en comparacion de Dios nadie puede llamarse verdaderamente bueno, tampoco en comparacion de María nadie puede llamarse verdaderamente santo. Ahora bien, hermanos míos; ¿en qué consiste la santidad? Consiste, sin duda, en el amor para con Dios de tal manera, que cuanto más un alma ama á Dios, es tanto más santa, y á proporcion de este amor aumenta la santidad en ella.

Puesto que María tuvo una santidad superior á la de los Angeles y de los Santos, está claro que su Corazon amó á Dios con amor más grande que aquel con que le amaron y le aman los Santos y los Angeles. Pues bien; el que ama á Dios, ama tambien á los hombres, que son las criaturas y las imágenes de Dios; y los ama tanto más, cuanto más ama á Dios, correspondiendo exactamente al grado del amor que se tiene para con Dios el grado del amor que se tiene para con los hombres. En efecto; uno y otro amor nos imponen el mismo precepto, es ordenado con el mismo mandamiento, constituye la misma virtud, la misma caridad y la misma perfeccion. Así, pues, si el Corazon de María está lleno de amor para con Dios, está tambien lleno de amor para con los hombres; si el Corazon de María siente vivísimos afectos para con Dios, siente tambien vivísimos afectos para con los hombres; si el Corazon de María ama á Dios más que los Santos y los Angeles, ama tambien á los hombres más de lo que pueden amarlos los Angeles y los Santos.

Esto sentado, recordemos, hermanos míos, cualquiera amor que nos haya parecido más fervoroso, aún entre aquellos que las historias sagradas y profanas celebraron con solemnes testimonios de alabanza. Plausible fué el amor de aquellos, que se expusieron á eminentes peligros para salvar á la familia, que distribuyeron sus riquezas para socorrer á los amigos, y sacrificaron la propia vida para librar á la pátria de males inminentes. Grande fué el amor de San Juan de Mata, que se hizo esclavo para romper las cadenas de la esclavitud que otros sufrían; el de Camilo de Lelis, que olvidándose de sí mismo para asistir á los enfermos, fué como la providencia de los hospitales; el de San Vicente de Paul, que prestó socorros y consue- los á toda suerte de desgraciados. Grande fué el amor que manifestaron los Angeles cuando descendieron para asistir á Judith en la tienda de Holofernes, cuando estuvieron con los niños Hebreos entre las llamas del horno de Babilonia, y cuando acompañaron al hijo de Tobias en su viaje. Pues bien; unamos todos estos amores, refundá-

moslos en uno solo, y por más intenso que se suponga, por sublime que se muestre, por generosísimo que nos parezca, siempre debere-  
mos decir, que es nada comparado con el amor que arde en el Cora-  
zon de María. El amor del Corazon de María solo cede al amor de  
Dios; porque, si la santidad de María solo es inferior á la de Dios,  
desde el momento que el amor de que se trata es un efecto de la san-  
tidad, el amor de María puede ceder al amor de Dios solamente. Por  
todo lo cual ya veis, hermanos míos, que para argumentar con ver-  
dad del amor con que nos ama el Corazon de María, sería necesario  
remontarse hasta los Cielos, hasta los coros de los Santos y de los  
Angeles, hasta el trono de Dios.

Para daros alguna idea de él, os invito á considerar á uno y otro de  
un modo más conforme á vuestro entendimiento. No cabe duda, que  
cuando se quiere hallar el amor en su grado más perfecto, es preciso  
buscarlo en el corazon de las madres. Favorecidas éstas por la na-  
turalidad de exquisito sentimiento y de singular afecto para con sus  
hijos, ellas los aman con un amor sin límites. El amor de los hijos es  
en la madre como un éxtasis, como un transporte del alma; éxtasis  
tanto más puro, transporte tanto más ardiente, cuanto ménos entran  
en ambos ó la exaltacion de la fantasia ó la perturbacion de los sen-  
tidos. Entre todos los amores de la tierra el amor de las madres para  
con los hijos es el más puro y el más perfecto.

Ahora bien; María es la Madre de todos los hombres; María es la  
Madre de todas las gentes; María es la Madre de todos los fieles, y la  
Madre espiritual de los miembros del Salvador, que somos nosotros.  
No hay necesidad de añadir otras autoridades sobre el particular, ya  
que por todas las partes del globo los lábios de todos los fieles pro-  
nuncian, desde el balbuciente niño hasta el moribundo que dá el úl-  
timo suspiro, esta dulce palabra: María es nuestra Madre. Es nues-  
tra Madre, y parece que sus hijos la conocen por un instinto natural  
de piadosa fé, que les induce á recurrir á Ella en las necesidades y  
en los peligros, y á invocar su nombre con intenso amor, como tier-  
nos infantes que se echan en brazos de la madre. Si, pues, María es  
nuestra Madre, puesto que el amor de la madre para con los hijos es  
sumo, sumo debe ser el amor de María para con nosotros; y si su Co-  
razon está lleno de amor maternal, este amor no puede ménos de ser  
ardentísimo.

No basta esto. María no es una madre cualquiera, no es madre de  
un solo hijo, ni de muchos hijos. Ella es Madre de todos los hom-  
bres, y, por consiguiente, el amor, en que arde su Corazon, es un

amor que comprende todos los amores que tuvieron todas las madres  
para con sus hijos. Madres hay, que para acudir á las necesidades de  
sus hijos, roban el sueño á los ojos, el pan á la boca, y el descanso  
necesario á sus fatigados miembros. Madres ha habido, que para  
acudir con todo su poder al bien de sus hijos se han sometido á pe-  
nas, á sacrificios é inconcebibles fatigas. Otras madres amaron á sus  
hijos más que la propia tranquilidad, más que la propia conveniencia  
y la vida propia. Pues bien; para comprender con cuanto amor nos  
ama María, unidos todos estos amores y aquellos, que os parezcan  
magnánimos y sublimes, reunidos en uno solo, contemplándolo en  
el corazon de la más tierna y más afectuosa de las madres... Pero,  
aquí tambien tengo que repetir, que todos estos amores, comparados  
con el amor en que arde el Corazon de María, no llegan ni pueden  
llegar á igualarlo. Miétras que todos los amores de las otras madres,  
dirijidos á uno ó á pocos hijos, tienen siempre algo de restringido y  
limitado, el amor de María para con todos los hombres no conoce lí-  
mites ni restricciones.

Y fué el mismo Dios quien infundió tal amor en el Corazon de Ma-  
ría. En efecto; Dios de providencia extraordinaria, no eleva jamás á  
nadie á extraordinarias misiones y á dignidades extraordinarias sin  
concederles cuantas dotes se requieren para cumplir sus oficios. Por  
consiguiente, habiendo escogido á María para Madre de Jesucristo,  
la escogió tambien para Madre nuestra, por cuyo motivo Jesucristo  
debe ser considerado como primogénito entre muchos hermanos; y  
habiéndola escogido para ser nuestra Madre, está claro que debió  
concederle todas las dotes necesarias para cumplir con este último  
ministerio. Ahora bien; entre las dotes propias de las madres con  
respecto á los hijos, la primera es el amor, puesto que para las madres  
el amor es la virtud en que se compendian todas las demás, y que  
constituye, por decirlo así, la esencia de la maternidad. Así, pues,  
habiendo Dios elevado á María para que fuese nuestra Madre, y ha-  
biéndola enriquecido con todas las dotes necesarias para este oficio,  
debió necesariamente enriquecerla con tanto amor cuanto bastase  
para abrazarnos á todos, esto es, debió enriquecerla con un amor in-  
conmensurable.

Por otra parte, esta reflexion me suministra, hermanos míos, un  
nuevo argumento para la demostracion del asunto que os he pro-  
puesto. Si María es Madre nuestra, siendo Madre de Jesús, el Cora-  
zon de Jesús nos conducirá á conocer el Corazon de María. Y en  
verdad, si el Corazon de Jesús se formó con la más pura sangre del

Corazon de María, si estuvo encerrado nueve meses continuos en las entrañas de María, y si tuvo en María su receptáculo por espacio de tanto tiempo, no podía ménos el Corazon de María de retener las suaves y celestiales fragancias de la bondad, de la clemencia y de la misericordia del Corazon amabilísimo de Jesús. ¡Ah! cuando considerando el Corazon de Jesús, le veo obligado á nacer en la cueva de Belén, á vivir entre las humillaciones de Nazareth, á sobrellevar padecimientos gravísimos y durísimas agonías para nuestro bien; siento una voz que me dice: De esta misma ternura, de este amor mismo está formado el Corazon de María. Cuando considerando el Corazon de Jesús, veo que se compara al pastor dispuesto á buscar la oveja extraviada, y al padre solícito de estrechar otra vez entre sus brazos al hijo perdido, por perverso que haya sido, siento una voz que me dice: De la misma solicitud, del afecto mismo es el Corazon de María. Cuando considerando el Corazon de Jesús, le veo acoger á la Magdalena, aunque escandalosa; defender á la mujer acusada por los fariseos, aunque pecadora; conversar con Zaqueo, aunque culpable bajo muchos conceptos; mirar benigno á Pedro, aunque le hubiese negado; imprimir un beso en la frente de Judas, por más que le hubiese vendido; oigo una voz que me dice: De la misma generosidad, de la magnanimidad misma es el Corazon de María. El Corazon de Jesús es todo compasion, y lo mismo es el Corazon de María; el Corazon de Jesús es todo benéfico, y todo benéfico es el Corazon de María; el Corazon de Jesús nos ama con amor preveniente, parcial, gratuito, accesible, paciente, generosísimo y constante; y con amor preveniente, parcial, gratuito, accesible, paciente, generosísimo y constante nos ama el Corazon de María.

Amor preveniente.—Nosotros no existíamos, todavía, no existían todavía nuestros padres, ni los padres de nuestros padres, cuando el Corazon de María palpitaba ya de amor hácia nosotros. Allá, en el humilde aposento, donde el arcángel fué á anunciarle la divina maternidad, á todos nos tuvo presentes. Vió nuestros males, se conmovió de nuestras miserias, se dió á reparar nuestras desventuras, se contentó hasta ser afligida sobre toda ponderacion para que se cumpliese la redencion nuestra. Por consiguiente, si desde el momento que nacemos somos libertados por medio de las aguas del Bautismo de la culpa original; si con los primeros latidos de la vida vemos bajo nuestros piés cerrado el Infierno y abierto el Cielo sobre nosotros; si balbuceando las primeras palabras nos fué concedido dirigirnos á Dios, llamándole con los dulces nombres de Bienhechor y

de Padre, tales bienes se nos concedieron porque el Corazon de María nos puso afecto ántes de que existiésemos; y concurriendo con su consentimiento á la obra de la redencion, hizo que, despojados de los vestidos del viejo Adán, tomásemos los de Jesucristo. Por consiguiente, del Corazon de María puede decirse, como se dice del Corazon de Jesús (1), que quiso prevenirnos con su amor amándonos con continua caridad, y amándonos, no porque hubiese en nosotros nada bueno, ni bello, sinó llevado solo de su piadosa y benigna naturaleza (2).

Amor parcial.—Aunque María sea Madre de todos los hombres á los cuales acogió en la cumbre del Gólgota, sin embargo, no puede negarse que nos mira con ojos de especial benevolencia. Mientras que pueblos enteros viven envueltos en la noche de la infidelidad, á nosotros nos favorece con sus gracias particulares; mientras tanta parte del mundo, yaciendo en las tinieblas de la ignorancia y de la culpa, es excluida de la herencia de los Cielos, á nosotros, que fuimos separados por misericordia divina del número de los réprobos, extiende los maternales brazos para hacernos santos en el tiempo y bienaventurados en la eternidad. Unos, por un solo pecado cayeron en los abismos; otros, despues de la primera culpa fueron precipitados en un mar de betun y de azufre, de donde no podrán salir jamás ni recibir ningun alivio; y nosotros, con parcialísima bondad, no fuimos precipitados, y se nos conceden tantos días, tantas luces y tantos impulsos para convertirnos. ¡Ah! Ella es, María, la que defiende nuestra causa; Ella es, María, la que detiene la irritada diestra de la justicia divina. Por consiguiente, del Corazon de esta Madre puede decirse, lo mismo que del Corazon de Jesús, que ruega por los mismos audaces transgresores de los mandamientos de Dios (3); y que amándonos con amor de preferencia, intercede piadosamente por nosotros delante de Dios (4).

Amor gratuito.—María nos ama, pero no es ciertamente para ningun provecho suyo; María nos quiere bien, pero no es ciertamente en su beneficio. ¿Y qué necesidad podría tener Ella de nosotros? ¿Qué utilidad podría derivarle de nosotros? Aún cuando le fuese negada toda correspondencia, aún cuando ninguno de nosotros se salvase, aún cuando fuésemos todos condenados eternamente á arder en el Infierno,

(1) 1.<sup>a</sup> JUAN IV, 10.

(2) ISAÍAS LIII, 12.

(3) ISAÍAS LIII, 12.

(4) HEBR. VII, 25.

no sería ménos la Madre del Señor, no sería ménos la Reina del Paraiso, y nada perdería de su beatitud y de su felicidad. Si nos ama, es con amor desinteresado, con amor gratuito y con amor verdadero y puro. No es su Corazon como los corazones de los hombres, que aún en los mismos momentos que aman, aman más bien nuestras calidades que á nosotros, más nuestras glorias, nuestros títulos, nuestras riquezas y nuestras mesas que á nuestras personas. Del Corazon de María pueden repetirse, pues, las frases empleadas relativamente al Corazon de Jesús, ya que como el Corazon de Jesús nos ama con un amor que saca de sí mismo su principio y su vida.

Amor accesible.—Aunque constituida en la mayor dignidad, se nos muestra como familiar y como amiga. Para llegar hasta Ella no se encuentran puertas de bronce que solo se abren con llaves de oro, ni se han de atravesar salones grandiosos por en medio de criados y cortesanos. Por abyecto que sea un pecador, por desgraciado y despreciable, tiene siempre audiencia. Refiriendo sus desventuras, no ha de temer incomodar por importuno; buscando auxilio en sus miserias, no ha de temer ser rechazado. Antes bien, á fin de que no nos deslumbre el esplendor de su majestad, ni nos intimide la radiante grandeza de su gloria, más que Reina quiere ser Madre. Como Madre nos llama, como Madre nos ayuda; y podemos repetir muy bien de su Corazon lo que está escrito del Corazon de Jesús, que es suave, manso, rico de misericordia y de bondad (1).

Amor paciente.—El amor de María nos sale al encuentro, aún cuando, como desertores y fugitivos, nos mostremos sordos á sus llamamientos, indiferentes á sus invitaciones, é ingratos á sus solicitudes. Yo no niego que la Bienaventurada Virgen tenga un afecto especial para con las almas justas; pero debo añadir, que tambien ama á los pecadores. Por eso el Corazon de María fué comparado á una ciudad de refugio, pues, así como antiguamente el delincuente refugiado en una de aquellas ciudades llamadas de refugio, hallaba gracia y perdon, tambien el pecador que se refugia en el Corazon de María halla el perdon de los pecados y la gracia de la conversion. Ella es siempre Madre; y así como la madre no deja de amar á un hijo, que dejando el recto sendero entra en la mala senda, María, amando tiernamente á los justos, ama del mismo modo á los pecadores. Su Corazon es como el Corazon de Jesús; y así como el Corazon de Jesús no quiere que con la mano se acabe de quebrar la caña

(1) PSALM. LXXXV, 5.

cascada, ni se apague con el pié el pábilo que aún humea, tampoco quiere la muerte del pecador, sinó que se convierta y viva (1).

Amor generosísimo.—¡Ah! así como nos demuestra la vehemencia del amor con que Dios Padre nos ama, el haber, para perdonarnos á nosotros siervos rebeldes, condenado á muerte á su mismo Hijo (2), así tambien el amor con que nos ama María puede argumentarse de ahí, que por nuestra salvacion consintió en la muerte de su mismo Hijo (3). ¿Os parece poco, que salida de su pacífica soledad, quisiese vivir por amor nuestro una vida de privaciones y de angustias? ¿Os parece poco, que se sometiese á dias trabajosos y oscuros en medio del dolor y de la tristeza? Pues bien, ofrecerá á su Jesús con sus propias manos. ¿Os parece poco que lo ofreciese? Consintió en el sacrificio, bajo el cual su Jesús debía caer víctima de la humana barbarie y de la justicia divina. ¿Aún esto os parece poco? Pues sube al Calvario, presencia la más tremenda tragedia, y une las propias penas á la sangre de su Jesús. ¡Ah, sí! del Corazon de María podemos decir como del Corazon de Jesús, que nos amó con amor inmenso, hasta la pasion, hasta la cruz, hasta la agonía, hasta la muerte (4).

Amor constante.—María nos ama siempre, y el único obstáculo que por nuestra parte se opone á su amor es nuestra infidelidad. Ella jamás nos abandona; y aún cuando sordos á sus inspiraciones, contrarios á sus llamamientos corramos por las sendas de la culpa, no se olvida de nosotros. No es la amiga de la próspera y no de la adversa fortuna; no es la Madre de hoy y no de mañana; su Corazon, por decirlo así, está en nuestras manos, puesto que depende de nosotros tenerle, desde este momento, benéfico y afectuosísimo. Su amor, más fuerte que el Infierno, más firme que la muerte (5), es piadosamente constante, y es nuestra bienhechora en el tiempo para ser nuestro consuelo en la eternidad. Tambien una vez más podemos decir de María, como de Jesús, que nos ama sin restriccion de tiempos, de manera, que si en todas las demás cosas se reconoce la medida, el número y el peso, solo en este amor no se puede reconocer peso, número, ni medida.

En vista de todo lo expuesto, dejo á vuestra consideracion, hermanos míos, el afirmar, si el Corazon de María es ó no un corazon abra-

(1) EZECH. XXXIII, 11.

(2) JOAN. III, 16.

(3) S. BONAV. in Stim. amoris.

(4) S. BONAV. de Cruce.

(5) CANT. VIII, 6.

sado de amor para con nosotros. ¿Y qué más opusierais para no dudar de su afecto, cuando os es notorio, que nos ama con un amor que sobrepaja todos los demás amores, de los ángeles del Cielo, y de las madres de la tierra? ¿Qué más quisierais si os consta que su Corazon, como el de Jesús, nos ama con un amor preveniente, parcial, gratuito, accesible, paciente, generosísimo y constante? No, ninguna necesidad tenemos ya de otras pruebas, para poder aplicar al Corazon de María las palabras del Salmista: *Concaluit cor, et in meditatione exardescet ignis.*

¿Lo comprendéis, hermanos míos? *In meditatione exardescet ignis.* No cabe duda: el Corazon de María, que siempre nos ama, arde por nosotros en un amor más grande, á proporcion de nuestras aflicciones y de nuestras infelicidades. Esto, sólidamente sentado, alegrémonos de tanta dicha, por lo mismo que podemos tener en Ella una ilimitada confianza. Por terribles que sean nuestras angustias, por innumerables que sean nuestras miserias, por profundo que sea el abismo en que háyamos caido ó podamos caer, no tendremos motivos de desesperar miéntras nos sea concedido dirigirnos á este Corazon lleno de amor para con nosotros. Cierto, que envueltos en frágiles cuerpos, estamos sujetos á mil males; pero refugiémonos en el Corazon de María, y nos veremos libres de ellos, ó seremos amorosamente asistidos. Cierto, que nuestra vida abunda en casos desgraciados; mas refugiémonos en el Corazon de María, y una mano piadosa enjugará las lágrimas que broten de nuestros ojos, y en medio de las aguas de la amargura derramará el bálsamo del consuelo. Cierto, que no podemos creernos inocentes y sin mancha delante de Dios; mas refugiémonos en el Corazon de María, y tendremos una Abogada cerca del tribunal de la divina justicia una Madre pronta á colocarnos en brazos de la misericordia divina. Confianza, pues, en el Corazon de María: en este Corazon hallaremos siempre un refugio, por medio de este Corazon podremos siempre alcanzar gracias y perdon; y esperando en su bondad, invocando su patrocinio, aguardando sus beneficios, nos demostrará con sus dones, que nuestras desventuras solo sirven para hacerle más solícito y propicio á favor nuestro: *Concaluit cor, et in meditatione exardescet ignis.*

---



---

## CORAZON DE MARÍA.

---

### DISCURSO II.

*Santificavit tabernaculum suum Altissimus.*

El Altísimo santificó su tabernáculo.  
(Ps. XLV, 5.)

¿Qué idea os formais del divino Tabernáculo que Dios santificó de una manera especial, y cuya gloria se eleva sobre todos los templos que los hombres han erigido á Dios en la tierra? Sin apartarme del verdadero significado de las Sagradas Escrituras, interpretadas por los Padres y Doctores de la Iglesia, puedo decir, que el Real Profeta no quería hablar del tabernáculo material, adornado de oro y plata, que se hallaba en el fondo del magnífico Templo que el gran Salomon erigió á la gloria de Jehová; iluminado por las luces del espíritu profético, David penetraba al través de los tiempos en el Corazon de aquella bienaventurada criatura, que el Altísimo debía santificar con su presencia real, y en el que había de construir un santuario del que el de Jerusalén sería una figura muy imperfecta. En este vivo tabernáculo es donde había de arder una llama que jamás se extinguiría; de este tabernáculo había de elevarse sin cesar el incienso más puro que jamás había subido al Cielo; en él debía ofrecerse noche y dia el sacrificio de alabanza, el meritorio holocausto: allí consumirse á todas horas la víctima más agradable despues de la del Calvario; allí estar el verdadero Santo de los santos donde el Eterno expresaría sus oráculos, y donde residiría, en fin, la verdadera Arca de la alianza, realmente santificada por la presencia del Señor.

Nada, pues, más justo y razonable que tributar toda clase de honores á este santuario inefable, que es el Sagrado Corazon de María.